

LA FURIA DE LOS DIOSES

LA FURIA DE LOS DIOSES

I

Casa en las afueras de Roma

POMPEYA.- Recoge esa ropa y limpia bien todo.

SIERVA.- Sí. ¿Preparo después la comida?

POMPEYA.- No, más tarde, cuando lleguen los amigos que esperamos.

SIERVA.- Siempre viene gente.

POMPEYA.- Ya sabes lo que dice mi esposo: no es sabrosa la posesión de ningún bien si no lo participamos. Por eso gusta de estar rodeado de amigos con quienes compartir los bienes, gozar las alegrías, diluir las tristezas.

SIERVA.- El amo es muy popular. Muchas veces, en el mercado, me han hablado de él.

POMPEYA.- ¿Bien o mal?

SIERVA.- (*Un poco cohibida*) Bien, claro. Dicen que es un sabio y repiten frases suyas que yo no entiendo.

POMPEYA.- Por el pueblo corren sus ideas hechas ya sabiduría común.

SIERVA.- También dicen que era muy poderoso, pero que ya...

POMPEYA.- Ya ¿qué?

SIERVA.- No sé...

POMPEYA.- No tengas miedo, habla.

SIERVA.- Que... que ahora está en desgracia. Antes gobernaba él por el César; ahora el César le odia y le envidia...

SÉNECA.- (*Entrando*) ¿quién puede envidiarme a mí?

SIERVA.- Mi amo, yo...

POMPEYA.- Ella repetía lo que se dice por ahí.

SÉNECA.- Cesar está muy alto para envidiar a un viejo filósofo.

POMPEYA.- Amado esposo, la inteligencia, como la belleza, son dones otorgados graciosamente por los dioses; hasta un emperador puede desearlos.

SÉNECA.- No es malo el deseo de poseer aquello de que se carece, lo grave es querer tenerlo en exclusividad y sufrir porque alguien nos supere. (*Se acerca hacia la terraza, desde la que se divisa Roma y la contempla en silencio. Larga pausa*)

POMPEYA.- ¿Estás triste?

SÉNECA.- No. Tal vez un poco nostálgico. La visión de la ciudad me trae recuerdos de otros días. ¡Oh Roma, Roma, mi querida patria! Los que, alguna vez, hemos sido desterrados, sabemos de ese insoportable dolor de estar ausentes de ella. Sobre todo cuando se es joven y se aspira a colaborar en sus destinos. Después, cuando ascendemos en experiencia, que es la forma más humilde de sabiduría, y descendemos en vigor, sentimos que nos alejamos de ella, que nos desterramos, nos expatriamos, en nosotros mismos. Y la contemplación de la patria, desde la solitaria isla de nuestra ya vieja vida produce, también, una sensación angustiosa y triste... Pero en el fondo todos somos unos desterrados... Desterrados de una patria ideal que nunca alcanzamos a vislumbrar... Me viene a la memoria aquéllas inhóspitas tierras de Córcega, donde pasé largos años. Su cielo azul y limpio, sus ásperas montañas, sus montaraces habitantes, hoy, con la distancia, me parecen atractivos, maravillosos... Invitaban a la meditación, al pensamiento.

POMPEYA.- Allí escribiste a Helvia, tu madre, una hermosa consolación.

SÉNECA.- (*Ausente*) Y recuerdo, también, aquélla lejana región donde nací y pasé mis primeros años. La campiña cubierta de rubio cereal, el caudaloso río arrastrando, sin esfuerzo, cientos de embarcaciones cargadas de trigo y minerales; el luminoso y cálido sol de los largos estíos...

(*Entran Lucilio y Marcelo*)

MARCELO.- Séneca... Querida Pompeya.

LUCILIO.- Queridos amigos. Me satisface veros bien.

SÉNECA.- Lucilio, Marcelo. Amigos de los buenos y de los malos tiempos, amigos de siempre.

MARCELO.- Amigos y algo discípulos del gran maestro.

SÉNECA.- ¡Por favor! Vosotros sois los que habéis enriquecido mi sabiduría y me hacéis feliz. Mis ideas son también vuestras, porque las habéis

suscitado. La amistad crea entre nosotros comunidad de bienes y de pensamientos.

POMPEYA.- Voy a ordenar la comida.

LUCILIO.- ¡Qué extraordinaria mujer tienes!

SÉNECA.- Soy hombre a quien los dioses han concedido excesivos beneficios; el mayor de todos esta esposa.

LUCILIO.- Tal vez, además, duras pruebas... *(Hay un largo silencio)*

SÉNECA.- Quien vivió con intensidad, saboreando cada instante, quiere morir. No puede, por tanto, tener miedo a la, para el vulgo, peor prueba: la muerte. Ha de mostrarse risueño y conservarse recio en su presencia. Mal filósofo será quien no ha pensado largamente en el fin. Pero acomodaos, que ya viene la comida.

(Entra Pompeya, seguida de varios sirvientes, portando la comida)

MARCELO.- Se habla, Séneca, de que tuviste algo que ver en la conspiración de Pisón. Muchos amigos no se atreven a venir por temor a Nerón.

SÉNECA.- Los momentos difíciles son el yunque donde se prueba la auténtica amistad. Pero estad tranquilos, no he participado en la conspiración.

LUCILIO.- Sabemos que has renunciado a tus riquezas en favor del César.

SÉNECA.- Soy hombre y he cometido muchos errores. Acumulé riquezas, poder y prestigio, es cierto; pero siempre viví en la pobreza. Soy frugal, de escasas necesidades. No preciso, pues, de riquezas. Ya solo aspiro, cada día, a mayor perfección, a consagrarme al espíritu y, para ello, es menester ser pobres o semejantes a pobres.

POMPEYA.- Bebed, bebed; es un buen vino.

MARCELO.- Muy bueno, ciertamente.

SÉNECA.- Esa es la causa de que devuelva mis bienes a quien me hizo conseguirlos.

LUCILIO.- Es sabia, como tuya, la decisión.

SÉNECA.- Vosotros me conocéis. En mi vida han habido muchos fallos, múltiples flaquezas. He podido ser avaro en algún momento; sensual y vicioso en noches de locura; ambicioso en horas de ímpetus y juventud; pero siempre he reconocido lo vano de tales afanes y comportamientos. He procurado vivir, con algún inevitable paréntesis, como si alguien me viese, como si alguien se asomara a mi interior.

(En este momento entra un siervo y se acerca a Séneca)

SIERVO.- El tribuno Marcio solicita verte.

SÉNECA.- Que pase *(Sale el siervo)* No os preocupéis...

TRIBUNO.- ¡Séneca!



SÉNECA.- ¡Marcio!

TRIBUNO.- *(Mirando al grupo y dudando)* ¿Puedo...?

SÉNECA.- Son mis mejores amigos; no tengo secretos para ellos. Puedes hablar.

TRIBUNO.- En el proceso abierto por la conspiración de Pisón, figura tu nombre. El Cesar quiere tu justificación.

SÉNECA.- Mis relaciones con Pisón han sido siempre distantes y de simple cortesía. Ultimamente intentó visitarme en varias ocasiones y nunca le recibí. Mi salud no es buena y necesitaba reposo y tranquilidad.

MARCELO.- Es cierto, nosotros podemos confirmarlo.

SÉNECA.- Por otra parte, Nerón conoce mi fidelidad. Jamás atentaría contra él. Intervine en su formación, fui su consejero durante años; puse mucho afecto y esperanzas en él...

TRIBUNO.- Te creo, Séneca, pero las circunstancias te acusan.

SÉNECA.- He puesto mis bienes y riquezas a su disposición; espero que no preste oídos a la maledicencia.

TRIBUNO.- Daré cuenta al Cesar de tus palabras. *(Sale)*

(Pompeya que ha contenido los sollozos, prorrumpe en llanto, abrazada a Séneca)

SÉNECA.- Por favor, querida, contén tus lágrimas. La entereza no debe abandonarnos en los momentos difíciles. Amigos, continuemos. Bebed. Bebed. Y recordad siempre nuestra amistad. Es un bien del que jamás podrán privarnos.

II

(La misma escenografía del cuadro anterior. Han pasado varias horas)

SÉNECA.- Muchas gracias, queridos amigos, por no abandonarnos en estas horas de incertidumbre.

MARCELO.- Tú nos decías que la amistad es compartir todo: los bienes, las horas de gozo, los momentos de inquietud...¿Cómo podíamos, pues, alejarnos en ocasión como ésta?

LUCILIO.- Estaremos, como siempre, a tu lado. No nos asustan ni importan las consecuencias.

MARCELO.- Además, ninguna prueba existe contra tí. No creo que el César se deje llevar por simples conjeturas o maliciosas murmuraciones.

SÉNECA.- Seamos sinceros con nosotros mismos. Ni la adversidad, ni la fortuna, deben nublar la inteligencia. Nerón no necesita de presiones ni excusas para realizar sus deseos o dar rienda suelta a sus crueldades. Tal vez nadie le conozca como yo; por eso no espero el más leve gesto de amistad ni de clemencia. Pero no desaprovechemos el tiempo en inútiles divagaciones. La vida es breve porque la malgastamos.

MARCELO.- ¿Y qué debemos hacer para aprovecharla?

SÉNECA.- Sencillamente, llenarla. Llenarla de saberes, de obras, de trabajos... La sensación de brevedad es la manifestación de un fracaso vital, de la pérdida de ricas posibilidades nunca aprovechadas. Quien pueda, mirando hacia atrás, contemplar su pasado pleno de acciones honrosas, de heroicos

esfuerzos, de continuadas obras bien hechas, no creará jamás que su vida fue breve.

LUCILIO.- Como siempre, lo que dices es hermoso. Pero cabe objetar que no todos los seres poseen suficiente capacidad para esas acciones extraordinarias.

SÉNECA.- Lo importante es la entrega continuada y el entusiasmo constante; la labor humilde, la tarea sencilla, hechas con amor e interés, tienen el mismo mérito que la obra grandiosa y espectacular.

LUCILIO.- ¿Qué cualidad más destacada exigirías al poderoso?

SÉNECA.- Sin duda la clemencia. Si la fuerza, al príncipe, le otorga poder, la inteligencia, brillo y la justicia respeto, es la clemencia, sin embargo, la que le granjea afecto o amor.

MARCELO.- Según eso, el amor es más importante que la justicia.

SÉNECA.- El amor es la superación de todas las virtudes, porque las resume y condensa en sí.

POMPEYA.- *(Entrando agitada)* ¡Soldados! ¡Los soldados rodean la casa!

SIERVA.- *(Con evidente pánico)* ¡Llega un centurión!

SÉNECA.- Calma, esposa mía. Veamos qué quiere.

MARCELO.- *(A Lucilio)* Es inquietante, a estas horas, una visita así.

SÉNECA.- *(A Marcelo y Lucilio)* No os vayáis; quiero teneros a mi lado *(Entra el Centurión y, por momentos, queda callado e indeciso ante Séneca)*

SÉNECA.- ¿Tienes algo que decirme?

CENTURION.- Sí... El Tribuno Marcio me encomendó te transmitiera un mensaje del César...*(todos le miran con ansiedad creciente)*

SÉNECA.- Dilo, pues.

CENTURION.- ...El César está pesaroso ante tan grave decisión... pero las circunstancias acaecidas..., razones de Estado... le obligan a ordenarte que...pongas fin a tu vida...Por afecto hacia tu persona deja que seas tu quien escoja el medio...

POMPEYA.- ¡OH, no! ¡No! *(Se abraza a Séneca llorando)*.

SÉNECA.- Cumpliré sus deseos...Pero antes redactaré mi testamento.

CENTURION.- No tienes tiempo: ha de ser ahora mismo.

SÉNECA.- ¿Por qué tanta impaciencia? ¿Qué temor puede infundir a Nerón un viejo enfermo?

CENTURION.- Esa es la orden. Y debo dar cuenta de que se ha cumplido.

SÉNECA.- Déjame, al menos, despedirme de la familia, de mis amigos...

CENTURION.- Puedes hacerlo.

SÉNECA.- Lucilio, Marcelo (*Se abrazan*) No estéis tristes... Cuando la vida ha sido larga e intensa, la muerte es necesaria e inevitable...; algo así como el paréntesis que cierra una hermosa frase..., o el toque final de una bella obra...

MARCELO.- ¡Nunca te olvidaremos!

LUCILIO.- ¡Estarás siempre en mi corazón!

SÉNECA.- Os lo agradezco, porque el recuerdo es una forma de seguir viviendo.

MARCELO.- Tus pensamientos, tus ideas, no morirán.

SÉNECA.- Es la pequeña gloria del filósofo: sus palabras, sus pensamientos, que son él mismo, su ser mas verdadero, permanecen inmutables, fuera del tiempo, sin desaparecer... Por ello no debéis preocuparos ni llorar... Séneca vivirá en vosotros, en la gente sencilla, que ha asumido y hecho propias sus palabras. Son ya vivo saber popular que se transmitirá interminablemente, a través de los siglos... (*Dirigiéndose a sus familiares*) Y vosotros, mis más íntimos, desechad la tristeza y el llanto. El hombre ha de comportarse, en todo momento, por difícil o atractivo, adverso o gozoso que sea, de forma tal que su dignidad de ser humano se mantenga enhiesta, alta, limpia... Podremos, a veces, tropezar y caer; eso es disculpable. Pero lo que nunca podemos dejar de hacer es intentar levantarnos, esforzarnos por superar nuestras deficiencias y debilidades... Con gesto elegante de insatisfacción..., como si alguien nos observara de forma continua o nos acompañara siempre con crítico afán... Así podremos decirle: sí, caí, pero he recompuesto la figura y he limpiado de lodo mi túnica... Sigo estando presentable... Sed humildes, sencillos, frugales... Ni os asuste la pobreza ni os seduzca la opulencia; lo que nos da la dimensión del hombre auténtico es su capacidad para ser ejemplar; ejemplar incluso en las debilidades, en los bajos momentos, en las miserias. Y tú, amada esposa, cesa en tus lágrimas. Piensa que la vida tiene un final; que cualquiera que sea la forma, la muerte es siempre la misma. Y más deseable que una muerte natural, con la razón perdida o turbia y desfigurado el rostro por el paso de los años o por la dolencia, es una muerte valiente, aceptada con entereza y sin miedo.

POMPEYA.- ¡Pero es injusta!

SÉNECA.- Las futuras generaciones juzgarán y la severidad de su juicio caerá, sin misericordia, sobre los culpables.

POMPEYA.- ¡No me consuela, esposo mío, que dentro de mil años reconozcan tu inocencia y condenen al culpable! ¡Te quiero aquí y ahora! ¡No quiero perderte ni separarme de tí! ¡Llévame contigo!

SÉNECA.- ¡Es una locura!

POMPEYA.- ¡Quiero morir yo también! ¡Que mi sangre sea también púrpura para el manto del furioso dios que te condena!

SÉNECA.- (*Conmovido*) ¡Por favor! No me hagas vacilar. Aprecio, en lo que valen, tus sentimientos, pero no puedo aceptar un sacrificio inútil.

POMPEYA.- ¡Inútil es mi vida sin tí! ¿No es, acaso, peor muerte dejar de ver tu rostro, no oír jamás tu voz ni escuchar tus palabras, rebosantes de belleza y sabiduría?

SÉNECA.- (*Visiblemente emocionado*) Sea. Cúmplase tu deseo. Dispongámonos para una muerte compartida, como compartida ha sido nuestra vida. ¡Amigos! Si la sangre que dentro de unos instantes brotará de nuestras venas no os asusta, sed testigos de este final... Y no seáis severos si en la agonía, algún gesto de dolor o miedo contradice nuestras afirmaciones... Después de todo, el filósofo también es un hombre...

(*Mientras dice la última frase se han recostado y van procediendo, con un cuchillo, a cortar las venas de los brazos y las piernas. El telón cae lentamente*)

Noviembre, 1.978